

2-5- **SOBRE Y BAJO EL AGUA ¿QUIÉN ERES TU?**- Claude Courtot,  
Paris, 2002

«Hombre libre,  
¡siempre amarás el mar!  
El mar es tu espejo; contemplas tu alma  
En el movimiento infinito de sus olas,  
Y tu espíritu no es un remolino menos amargo.  
Te complace sumergirte en  
el interior de tu imagen...»

Baudelaire

Zalathiel Vargas ha trabajado durante siete años, entre 1994 y 2001, este conjunto de más de cuarenta cuadros que comparten el tema del agua. Nunca, en su obra anterior, el pintor había sido retenido por un tema único tanto tiempo. Sin recurrir a complejas exégesis psicoanalíticas —Zalathiel es el primero que reivindica los derechos de la fantasía más libre— sería difícil no acordar un significado obsesivo a esta obstinación temática. El título general del conjunto bien indica que se trata de una búsqueda de identidad. Pero a diferencia de la trágica interrogación de Gauguin, ¿De dónde venimos, qué somos, hacia dónde vamos?, la de Zalathiel parece dejarnos comprender que el artista ha encontrado, para hablar como Rimbaud lo hace, «el lugar y la fórmula», ya que esta obra de Zalathiel se inscribe deliberadamente bajo el signo del *principio del placer*.

El universo al que todas esas telas nos invitan es un lugar de libertad y de belleza, un Edén que fluye sin cesar, donde la misma noción de culpabilidad no tiene ningún sentido. Un mundo que desafía los terrores de la naturaleza, los mitos oscuros del mar de las tinieblas. «Si buceamos en el mar a cierta profundidad, pronto perdemos la luz... Aparece la absoluta oscuridad, salvo quizás algunos accidentes de fosforescencia alarmantes. La masa, inmensa en su extensión, enorme en su profundidad, que cubre la parte más grande del globo, parece un mundo de tinieblas. Eso de sobremana inquietó y atemorizó a los primeros hombres.» (Michelet, *El mar*). Sin embargo el universo de Zalathiel aparece siempre irradiado con una intensa luz, tanto sobre el agua como bajo el agua. Los paisajes que separa la línea de superficie del agua son completamente reversibles. «Frente al agua que le devuelve su imagen, Narciso siente que su belleza *continúa*, que no está terminada y que es preciso terminarla... Entonces,

el narcisismo, primera conciencia de una belleza, es el germen de un pancalismo." (Bachelard, *El agua y los sueños*).

La pintura de Zalathiel nos regresa la imagen de un mundo en equilibrio permanente, donde lo real no se distingue de su reflejo, un mundo en verdad transparente en el que vibran los colores como las notas armoniosas de perfecto acorde. Los personajes evolucionan en un espacio sin gravedad particularmente bien sugerido por la casi ausencia de perspectiva.

¿Es necesario hablar de los personajes? Los seres de Zalathiel son los lejanos descendientes de las figuras de Giovan Batista Bracelli, misterioso artista florentino (conocido entre 1624 y 1649) quien grababa seres humanos como objetos cotidianos (utensilios para la casa, cajas, tapas), en la misma época en la que el no menos enigmático Monsu Desiderio pintaba, en Nápoles y en Roma, escenas sobre cataclismos con sarcófagos que caían del cielo a la par que las columnas de los templos se derrumbaban con un estruendo de fin de mundo terrenal. Los seres de Zalathiel parecen milagrosamente haber escapado a la catástrofe. A menudo cercanos, por su estructura geométrica, a los maniqués de Chirico, conservan sin embargo siempre algo muy humano: una cara, los miembros... Nunca son puras marionetas. Son complejos mecanismos que palpitan y respiran bajo y sobre el agua.

Con frecuencia el artista pinta animales humanizados por él o seres humanos en plena metamorfosis animal, imágenes ambiguas de identidades perdidas en una sociedad alienada que el agua revela pero a la que quizás esa agua tenga la facultad de sanar o de sublimar. Gracias al agua se restablece el contacto con la naturaleza, con los orígenes; el nadador puede acariciar los peces y Ulises encantar a las sirenas. «El verdadero ojo de la naturaleza es el agua. En nuestros ojos, el agua sueña» expresa en forma excelente Bachelard. Y esos sueños son ciertamente sueños de infancia recobrada.

Si bien ese mundo obedece al principio del placer, constituye el logro de una conquista, es *el agua prometida* por fin alcanzada. En un relato autobiográfico, como los que le gusta escribir, el pintor declara que sus primeras experiencias acuáticas fueron bastante desafortunadas. Recuerda los esfuerzos desesperados que tuvo que realizar cierto día para alcanzar la orilla de un estanque y también rememora la zambullida cuando tenía cinco años, asido a los hombros de su padre, excelente nadador que en un primer momento lo dejó aterrizado para, a continuación, producirle una tal exaltación hasta el punto de sentir el deseo obsesivo de siempre nadar bajo el agua. Lo cual no deja de remitirnos al análisis de Bachelard: «Los primeros ejercicios de natación producen un gran temor... A este temor frente al nuevo elemento se asocia por otro lado un cierto horror hacia el maestro de

natación quien, con frecuencia, arroja al alumno a las profundas aguas. No es entonces de extrañar que el alumno sienta un ligero complejo de Edipo y coloque al maestro en el papel del padre.»

No pueden ahora quedarnos dudas de que estas telas fueron elaboradas por su autor con el preciso fin de conjurar los traumatismos y los terrores de su infancia. El pintor nos explica de buena gana cómo algunos de esos cuadros fueron ejecutados muchos años después de las anécdotas que los inspiraron o que incluso los ilustran. El principio del placer es ante todo el triunfo sobre el principio de la realidad nunca totalmente olvidada.

Zalathiel sabe que nuestro cuerpo está constituido por ochenta por ciento de agua. Dentro del agua somos verdaderamente nosotros mismos. Nuestras lágrimas, nuestra orina constituyen evacuaciones de esa agua que nos constituye. El artista entonces decide pintar todos los líquidos que nos irrigan. Aquí su pintura es una verdadera desmitificación, antes de intentar crear un mito nuevo. Zalathiel se acuerda de esos días cuando, con sus camaradas, pegaba carteles en los barrios pobres, bajo la lluvia que transformaba los caminos terregosos de México en vías enlodadas y pestilentes. Era necesario entonces, jamás perder pie ni caer en ese infierno de aguas putrefactas, era necesario no desesperar y creer en la emancipación de los desdichados y en los derechos de la vida: el agua es el gran principio de vida... En palabras de Michelet. «El mar constituye la gran hembra del planeta: su deseo incansable, su permanente concepción, su alumbramiento, nunca terminan». A lo cual añade Bachelard: «Toda agua es leche...; ¿nunca han sido saciados con la leche, nunca los ha sumergido en una dicha sin límites? Encontraríamos viviente, en el espectáculo de una fuerte lluvia de verano cálida y fecunda, la imagen de un diluvio de leche.»

La obra del pintor proclama en todos los tonos que el agua es el futuro de la humanidad y que sin agua la vida desaparece. Son significativas, al respecto, dos telas en particular: una, la que lleva por título *Ausencia de Agua*, de 1999, muestra el triunfo de la muerte con una danza macabra sobre un fondo de sed; la otra, obra fundamental que el autor tardó años en dar por finalizada, de 1995 a 1999, *Cayendo a un Mar de Luz*, representa un hombre atado a un robot que cae de un ataúd, de una tumba abierta paradójicamente situada en el cielo, en dirección al mar luminoso. Es la posibilidad ofrecida a la vida misma de renacer y de escapar a la alienación. Es el instinto de muerte transformado en instinto de vida. Es ésa la verdadera resurrección.

Y ciertamente es la pintura el arte más apto para expresar esta potencia regeneradora, creadora y vital del agua. «La unión de agua y tierra produce pasta... La pasta da

una primera experiencia de materia... A través de la actividad del agua comienza la primera ensoñación del obrero que amasa... El agua es soñada una y otra vez en su papel emulsor y en su papel aglutinante. Desliga y liga.» (Bachelard). ¿Qué es pintar si no mezclar líquido aceite o agua y pigmentos tierra, polvos para lograr una pasta y a partir de esa pasta crear el mundo de los sueños?

Incluso, en la mayor parte de los cuadros de *Sobre y bajo el agua ¿Quién eres tu?*, Zalathiel utiliza mármol en polvo. Para pegar este mármol machacado, impregna la tela de una cola de resinas transparentes. Con frecuencia mezcla ese mármol con restos de arena, con pedacitos de conchas o simplemente lo mezcla con acrílicos, con el fin de lograr matices, estructuras, texturas...

Esta obsesión por el agua es un homenaje a la pintura.

Al autor le fascina contar que en ocasión de un viaje a Francia en 1971, alojado en casa de unos amigos que habitaban la Provenza, junto al Mediterráneo, heredó una chamarra que había sido de Picasso, y que él conservó largos años. Claramente asocia los cuadros inspirados en el Mediterráneo con esa ropa fetiche de Picasso, tal como si existiese un lazo de causa a efecto entre mar y pintura, tema que encontramos en la tela *El artista y sus modelos*, de 1997.

Zalathiel suele usar telas de 70 x 76.6 cm; las usa como módulos que luego ensambla para conformar grandes cuadros en forma de T, L o +. Explica que esto le permite cambiar el formato, vertical u horizontal, que además de esta forma se le facilita trabajar ya que no tiene el inconveniente de las telas de gran tamaño. A mí esta explicación un tanto de carácter práctico me parece enmascarar, con algo de humor, una preocupación más profunda del artista. Por mi parte más bien vislumbro en estas telas que se imbrican entre sí una comparación con ese proceso que culminó con los *cadavres exquis* surrealistas. Incluso percibo cierta analogía con el dibujo semiautomático, semivoluntario, que surge cuando movemos la superficie del agua con el extremo de un bastón, logrando las dimensiones de una imagen fantasmagórica. Zalathiel hace hablar al agua, la interpreta y logra leer lo que le dice, como un vidente que leyese las huellas del café.

En el artista encontramos una mezcla con sabia dosis de realismo y de automatismo. El itinerario de Zalathiel es el de un creador que no se satisface por condiciones dadas aquí y ahora. Cuando era aún muy joven, deformó las caras y los cuerpos porque sabía que lo que se denomina el «parecido» no es más que la reproducción de las máscaras embusteras, que la civilización europea y occidental nos impone. Encontraba, paralelamente, en el arte africano la verdad que disimulan con frecuencia nuestras representaciones académicas. Se ha esforzado, recurriendo al humor y haciendo hablar al inconsciente, por minar el estatus confortable de la existencia cotidiana, rutinaria y alienada. De ahí sus

incursiones en la fabricación de objetos utilitarios y en el *comic*, ya que es claro que el pintor deseaba dar a conocer a un público más extenso la contestación artística.

Consciente de que el surrealismo es el más importante movimiento poético del siglo XX, Zalathiel logra conservar el espíritu de este movimiento, cuando él personalmente interviene en la realidad cotidiana, deseoso de proporcionar un algo de su esencia a la «*vraie vie*». Sucede que Zalathiel no es de los que se dejan llevar por las modas, lo comercial, los oportunismos culturales. Zalathiel Vargas tiene algo que decir y nos lo dice, a su manera, original. Yo deseo que muchos otros más puedan percibir su lenguaje y ser sensibles a ese mundo encantado que nos permite ver más allá del espejo roto del agua.

Claude Courtot

Paris, Marzo 2002

(Traducción del francés, Concepción Asuar)